

Extractos de *Así se domina el mundo* (Ariel, 2017) de Pedro Baños

...

Pensamos que somos libres, que podemos elegir de forma autónoma nuestro destino, nuestros gustos, la manera de vestir o de comportarnos, lo que comemos o a qué dedicamos el tiempo libre, pero estamos permanentemente inducidos a adoptar acciones, decisiones y actitudes. Con creciente sutileza, los que deciden por nosotros nos imponen formas de vida, modelos sociales e ideologías, de modo que quedamos sometidos a sus designios. Esto es más cierto que nunca hoy en día, cuando se ha puesto de moda la palabra «posverdad» para definir el contexto global de desinformación, aunque en realidad sería más acertado denominarlo «prementira», «multimentira» o «plurimentira», pues lo que principalmente llega al público no es más que una gran falsedad disfrazada de verdad.

Solo conociendo estas realidades geopolíticas llegaremos a la certeza de que queda mucho camino por recorrer para conseguir un mundo en el que verdaderamente prime lo que es lo más importante: la seguridad humana.

...

Poco, o más bien nada, de lo que sucede en un país puede desligarse completamente de la situación internacional, de las tendencias mundiales dominantes y de los riesgos comunes. En este panorama de escala planetaria, donde la complejidad y la confusión no dejan de aumentar, se hace cada vez más imprescindible para los decisores (...) disponer de inteligencia precisa que posibilite vislumbrar acontecimientos futuros.

...

No hay nada más hipócrita y cruel que la política internacional, pues todo lo que en ella se gesta y realiza está basado exclusivamente en los intereses de cada país, los cuales son siempre efímeros y cambiantes, y muy poco o nada tienen que ver con los de los demás Estados. La política nacional también es despiadada y cainita, sin ningún miramiento hacia el adversario político, pues cualquier medida que contra él se adopte se considera legítima mientras sirva para debilitarlo y expulsarlo del poder, con la única intención de ocupar su lugar. Aun así, es de suponer que todos los grupos políticos – incluso los más dispares – persiguen el mismo fin e interés, el bien de sus ciudadanos y de su nación, aunque cada uno lo interprete con una aproximación diferente según sus afinidades ideológicas.

Pero en el ámbito internacional en que se mueve la geopolítica no hay ningún fin común, al menos no permanente, que sirva para refrenar los más bajos instintos, ni siquiera un rescoldo que siempre se mantenga vivo y pueda servir de cohesionador. Los intereses comunes son tan perecederos que enseguida se pudren y pasan a ser sustituidos por otros, por lo que alianzas, amistades y enemistades fluyen con paradójica y sorprendente rapidez. Se vive en un permanente estado de rivalidad, en el que todas las partes se lanzan codazos para hacerse un hueco y conseguir que primen sus propios intereses.

Ni siquiera los peligros o amenazas que se podrían considerar comunes, como pueden ser las derivadas del cambio climático, ejercen una influencia real. Porque en este singular ambiente, cada país mira exclusivamente por su propio interés. Se puede decir más: cuanto más poderoso es un país, menos se preocupa realmente por las necesidades de las demás naciones. Aunque pueda parecer una frivolidad, para que todos los países adoptaran decisiones comunes que beneficiaran al conjunto de la humanidad, se tendría que dar una amenaza extraterrestre en forma de invasión o algo parecido. Mientras tanto, ha sucedido y sucederá que cada país tan solo mire su propio ombligo y actúe para su propio bien, aun cuando sea plenamente consciente del daño, directo o indirecto, que puede causar al resto.

El historiador militar Michael Howard resume el altísimo grado de hipocresía en que se basan las relaciones internacionales, siempre regidas, orientadas y legisladas por los poderosos, con esta frase: «Con frecuencia, los Estados que muestran mayor interés por la conservación de la paz son los que acumulan más armamentos».

...

Los fuertes hacen lo que desean y los débiles sufren sus abusos.

TUCÍDIDES

En la esfera internacional coexisten potencias con distinto grado de capacidad de influencia en las decisiones mundiales. Se puede considerar que existen dos tipos básicos de países: los dominadores y los dominados. Los primeros ejercen su control a escala regional o global. Los sometidos pueden estarlo de modo más o menos directo, de diversas formas (militar, económica, cultural, tecnológica, etc.) y aceptar de mejor o peor grado su condición, incluso con resignada pasividad. Si es necesario, pueden llegar a subordinarse a los más poderosos, con tal de ser respetados e incluso temidos.

Los países que, por el motivo que sea, no se sienten poderosos – disponer o no del arma atómica es un claro punto de inflexión – procuran cobijarse bajo el

paraguas de una potencia superior, que, al menos teóricamente, les garantice tanto su seguridad como su inmunidad. Es lo que ofrecen las potencias nucleares, en cuanto a medios puramente estratégicos, al igual que hacen los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) frente a las hipotéticas sanciones internacionales.

...

(...) los Estados que se niegan a entrar en los juegos de poder e intentan aplicar sus propios sistemas políticos y sociales corren un indudable riesgo, pues deben defender su supervivencia en solitario.

...

La pugna siempre ha sido por el poder, el estatus, el dominio, el control de las personas y los recursos, empleando los medios disponibles en cada momento, convirtiéndose la ambición de ganancia en puro deseo de dominio. Y si la violencia es el medio más efectivo para salir victorioso del conflicto, no se duda en emplearla.

...

(...) el temor a la aplicación de la fuerza, aunque lo sea exclusivamente en último extremo, no deja de ser un ingrediente básico en toda relación externa. Al fin y al cabo, es obvio que solo se puede dialogar con quien está dispuesto a escuchar, entender y racionalizar. Hay que ser consciente de que la educación y la cortesía nada pueden contra la violencia y el salvajismo, debiendo decirse, por lamentable que parezca, que hay quien solo reacciona ante la aplicación de la fuerza.

...

El llamado «mundo occidental» acoge a unos 900 millones de personas, pero actualmente en el planeta hay otros 6.600 millones de seres humanos, con visiones y culturas diferentes, que en cierto modo se consideran los perdedores del desarrollo y la globalización. Es evidente, por tanto, que la mayoría de los pobladores de la Tierra pueden estar deseosos de que cambien las tornas y sean ellos los privilegiados.

...

El problema principal lo subraya acertadamente el periodista y analista político Robert D. Kaplan cuando afirma que «el mundo continúa en un estado natural, en el que no existe Leviatán hobbesiano que castigue a los injustos». Lo que está diciendo es que, aunque aparentemente exista una jurisdicción internacional encaminada a tal fin, los poderosos siempre encuentran fórmulas para sortearla, aunque, eso sí, aplicándola con firmeza al resto de los actores. Como se verá detalladamente más adelante, una de las máximas en geopolítica es que las potencias medianas y pequeñas basan —o les gustaría que así fuera— las relaciones entre Estados en la legalidad internacional, en una jurisprudencia que realmente sea justa y equitativa con todos los países, independientemente de su tamaño y fortaleza. Sin embargo, los poderosos las basan precisamente en su poder, su peso geopolítico y su capacidad de influencia.

La otra gran cuestión que siempre surge es la de la legitimidad del uso de la fuerza, escenificada como una pugna entre el bien y el mal. El problema es que todas las partes enfrentadas siempre piensan que el bien, la justicia y la razón están de su parte, siendo el otro el errado, el que actúa de modo ilegítimo y perverso, pudiendo decirse que el combate se da entre formas análogas de entender el bien.

...

En las siempre complejas relaciones internacionales no hay ni buenos ni malos. Cada uno persigue exclusivamente su propio interés del momento, que cada vez es más volátil y tornadizo. A los menos poderosos, cuya influencia mundial es mínima o inexistente, solo les queda analizar lo que les puede beneficiar o perjudicar de lo que hagan las grandes potencias, e intentar obtener el mayor beneficio posible, o el menor perjuicio, para su nación. Pueden mantenerse al margen de las luchas de los gigantes si este aislamiento no los perjudica, o aliarse con quien convenga, según las circunstancias. Cualquier otra postura idealista no revestirá más que lesiones para los intereses nacionales. Por tanto, podemos decir que en geopolítica nada es bueno ni malo por sí mismo, sino transitoriamente beneficioso o perjudicial. Y ante un escenario donde reina la hipocresía y el cinismo, únicamente cabe aconsejar: confía solo en tus propias fuerzas.

...

Una nueva guerra mundial, que afecte a la mayoría de los países, es hoy por hoy improbable, aunque no imposible. Se viven momentos de enorme incertidumbre y volatilidad en un escenario mundial cada vez más complejo en el que los cambios se suceden con una rapidez inusitada, favorecidos por la tecnología, especialmente la de las comunicaciones. Por esto no debemos

descartar que, en última instancia, la permanente tensión pueda desembocar en un choque militar a gran escala y de alta intensidad entre potencias, por más que por ahora la probabilidad sea baja.

De momento, la pugna solo se está librando a través de actores interpuestos y de las llamadas «guerras híbridas», en las que se combinan coacciones económicas, desinformación, terrorismo, actividad criminal y subversión para provocar desórdenes civiles y confrontaciones localizadas.

En este contexto tiene especial relevancia el enfrentamiento existente a escala planetaria a través de la economía, es decir, la guerra económica, la que se realiza por intereses económicos y mediante instrumentos económico-financieros. Todos los países participan de ella, como agentes activos y/o sujetos pasivos.

También hay otra pugna geopolítica constante, principalmente entre las grandes potencias, que consiste en influir –y simultáneamente intentar no ser influido o serlo lo menos posible– en las decisiones y acciones mundiales, mediante los servicios de inteligencia, la diplomacia, las fuerzas de operaciones especiales y las operaciones psicológicas de ámbito planetario (manipulación mediática, propaganda, noticias falsas, etc.). Curiosamente, estos enfrentamientos se dan no solo entre antagonistas, sino también entre países teóricamente aliados y amigos, siendo constantes las denuncias de casos de espionaje, aunque en la mayoría de las ocasiones no lleguen a nuestro conocimiento.

...

Se libran además en el ciberespacio, convertido en un teatro de enfrentamiento privilegiado, mediante la obtención fraudulenta de datos, la destrucción o alteración de sistemas y servidores, con filtraciones interesadas de documentos, robo de tecnología, etcétera.

...

Las «armas de comunicación masiva» son empleadas sistemáticamente por las potencias con intereses en los actuales conflictos de Siria e Irak, siendo cada vez más complejo llegar a conocer la verdad de lo que acontece.

Las escenas dantescas en los actuales campos de refugiados establecidos en la propia Europa representan el «abuso de los pobres».

La «patada a la escalera» continúa siendo un principio fundamental de los poderosos, que no quieren que otros países se encaramen a la atalaya desde la que dominan el mundo, y así no dejan que otros países dispongan de

armamento nuclear o empleen otras monedas para realizar transacciones comerciales.

La tan cacareada justicia internacional no es más que una herramienta en manos de las grandes potencias, la «*lawfare*», que emplean a su antojo, como se ve en los actuales escenarios de conflicto, sea en África o en Oriente Medio.

...

El «fervor religioso» se emplea para movilizar personas y sentimientos, cuyos fines últimos son ignorados, las más de las veces, por sus acólitos, que sin embargo, una vez exacerbado su fanatismo, no dudan en recurrir a los actos más bárbaros en defensa de su fe.

«Fomentar la división» puede ser una bien calculada estrategia de balcanización del planeta. Afecta a todos los continentes —comenzando por Europa—, y quizá esté dirigida por alguna gran potencia con la finalidad de controlar mejor el mundo.

La «dominación indirecta» también se puede estar ejerciendo mediante el control de la imprescindible energía, cuya demanda seguirá creciendo, desde los combustibles fósiles a la electricidad. Y lo mismo puede pasar con el agua, cuyo consumo, directo o virtual, irá en aumento, fruto del crecimiento de la población urbana y del incremento del nivel de vida.

...

(...) se puede inferir que no hay buenos ni malos, ni mejores ni peores, pues todas las naciones persiguen los mismos objetivos, a su manera y con los medios disponibles. En realidad, la bondad o la maldad, siempre subjetivas, vendrán determinadas por el lado en que se esté. No debemos olvidar que solo hay intereses, más o menos transparentes y legítimos. Todos los servicios de inteligencia y los ejércitos hacen básicamente lo mismo: cada uno defiende lo suyo.

La alerta debe venir del riesgo de estar cada vez más cerca de la sociedad que el escritor George Orwell describió en *1984*. En ella, la manipulación de la información se convierte en norma, las personas están sometidas a una vigilancia permanente y las libertades individuales tienden a desaparecer. Un escenario en el que la gente tiene miedo de pensar aunque le digan que puede hacerlo, pues teme que actúe cruelmente contra ella la «policía del pensamiento» y los muchos colaboradores de esta represión intelectual, amparada en la corrección política impuesta. Esto podría estar también manifestándose en la actual reducción del vocabulario que algunos especialistas

ya han detectado, una simplificación comparable a la «neolengua» que describe Orwell.

Si se sigue por este camino, se puede llegar al concepto de dictadura perfecta con apariencia de democracia de la que alertaba Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, que básicamente consistiría en una prisión sin muros de la que los presos ni siquiera sueñan con escapar. Esencialmente, un sistema de esclavitud en el que, gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.